





# LOS NUEVOS MAPAS

Espacios y lugares en la última narrativa  
de Castilla y León

PUNTO DE ENCUENTRO  
[VII]

Colección dirigida por  
JOSÉ RAMÓN GONZÁLEZ

# LOS NUEVOS MAPAS

Espacios y lugares en la última narrativa  
de Castilla y León

*Edición de*

CARMEN MORAN RODRÍGUEZ

CÁTEDRA MIGUEL DELIBES

VALLADOLID - NEW YORK

2012

© *de la coordinación, edición y selección de textos*

Carmen Morán Rodríguez

© *de los estudios*

Carmen Morán Rodríguez, Javier Rodríguez Pequeño, Natalia Álvarez Méndez, Javier Blasco, Eva Álvarez Ramos, María Cristina Arroyo Díez, Susana Bardavío Estevan, Teresa Gómez Trueba, María Martínez Deyros y María Pilar Celma Valero.

© *de la presente edición*

Cátedra Miguel Delibes

Facultad de Filosofía y Letras

Prado de la Magdalena, s/n

47011 Valladolid

*Gestión editorial, diseño y cubierta*

Marina Lobo

ISBN 978-84-8448-728-9

D.L. AS 3204-2012

Gráficas Eujoa

Este volumen se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación «Ampliación del estudio de espacios reales y espacios imaginarios en la narrativa castellana y leonesa reciente (1980-2009)» (Código VA 009A10-1), financiado por la Junta de Castilla y León.

## LUGARES QUE SON TEXTOS

CARMEN MORÁN RODRÍGUEZ

Cuando en 2007 iniciamos nuestro proyecto de investigación «Espacios reales y espacios imaginarios en la narrativa castellana y leonesa reciente (1980-2006)», ya suponíamos que sería posible percibir una evolución desde la constitución de Castilla como emblema literario para los escritores del 98, la continuación (con matices) de aquellos afanes regeneracionistas en Delibes, la consagración literaria de un León realista y mágico, las nuevas formulaciones literarias del territorio castellano... Nuestras investigaciones lo confirmaron, y nos animaron a continuar: la línea de investigación abierta ha continuado en el proyecto «Ampliación del estudio de espacios reales y espacios imaginarios en la narrativa castellana y leonesa reciente (1980-2009)», en cuyo marco se ha compuesto el presente volumen. Se trataba, en esta ocasión, de explorar las vías abiertas por los autores más jóvenes, nacidos a partir de la década de los sesenta; entre ellos, intuíamos, sería posible ver no solamente espacios nuevos —parques temáticos, centros comerciales, grandes y modernas encrucijadas intermodales de medios de transporte, por no mencionar los espacios virtuales, explorados ya por alguno de los *senior*, como José María Merino— sino también maneras peculiares de abordar esos espacios.

Esa evolución desde el territorio en que el paisaje era el cielo hasta uno en el que el cielo es un fondo creado con *photoshop* para que destaque mejor el *sky-line*, no es únicamente el paso de una cultura rural a una urbana, aunque este sea el principal de los procesos que ha determinado el cambio. Se acompaña de lo que podríamos llamar una desacralización de los lugares, debida a su mutabilidad: a la facilidad con que ellos mismos cambian, se transforman, y a la facilidad con la que nosotros los cambiamos a ellos, unos por otros, con rápidos desplazamientos que ya no implican, como hace décadas, la mirada nostálgica del Mochuelo que dejaba atrás el pueblo de su infancia para ir a la ciudad. Esa desacralización puede verse, a la manera exagerada pero certera de las caricaturas, en el siguiente caso. Hace algu-

nos años ya, apareció en el suplemento dominical de un periódico de tirada nacional un amplio reportaje sobre una casta casi legendaria: los *vaqueiros de alzada*. El texto y las fotografías se recreaban en las formas de cultura ancestral de esta población y su aislamiento, dentro del que apuntan — sugería el reportaje — atisbos de apertura. Al final del reportaje, una indicación ofrecía la posibilidad de completar la información en [www.vaqueiros.com](http://www.vaqueiros.com). El pueblo que no tenía *lugar* en las iglesias — «no pasan de aquí a oír misa los baqueros», se lee en San Martín de Luiña — hoy tiene *sitio* web.

Los *mass media* nos regalan cada día ejemplos como este; frecuentemente esos ejemplos pasan desapercibidos, hasta que un buen día uno de ellos nos golpea con la fuerza de una relevación súbita, una epifanía superficial, pero certera. Mientras ultimaba la edición de este volumen, pude ver dos anuncios recientemente aparecidos en televisión. Ambos tienen que ver con el espacio, e invitan a una reflexión, siquiera a una tan efímera como ellos mismos. El primero promociona una marca autóctona de cerveza repitiendo un eslogan cuyo ingenio reside en el recurso de desautomatizar una frase hecha, y que el año anterior ya tuvo gran éxito: «No pierdas el sur». El segundo es el anuncio de un refresco de nombre sideral que hace algunos años lanzó una campaña publicitaria televisiva, apoteosis de la paradoja, en la que el reclamo era no haber hecho jamás una campaña publicitaria televisiva. Habían logrado una progresión ascendente de ventas sin hacer ni un solo anuncio en televisión, lo que demostraba, sin duda, que la calidad de su producto bastaba por sí sola para convencer a los consumidores; para comunicarlo y celebrarlo, nada mejor que un anuncio en televisión. Como en aquel anuncio inaugural (y en los que le siguieron), este nuevo *spot* es optimista y risueño, muy a tono con la era de Acuario que el refresco evoca. En esta ocasión, anuncian su propósito de remediar, a la par, las tribulaciones urbanitas y la despoblación del agro (hay incluso una alusión velada a la actual crisis económica), uniendo «pueblos sin gente y gente sin pueblos».

Los dos anuncios tratan sendos asuntos centrales de los *relatos literarios* de la modernidad: en el primer caso, el valor mítico del Sur (el Sur de cualquier parte, el de Borges, el de Faulkner o el de Capote). A diferencia del Norte, el Sur es los relatos canónicos de la cultura occidental mucho más que un punto cardinal, y evoca toda una serie de valores que remiten a un mundo más natural, más salvaje y auténtico. Idóneo para un anuncio, porque *the real thing* es un excelente reclamo publicitario. En el segundo

caso sale a la palestra el tema del éxodo rural, tan pertinente en nuestro país en la segunda mitad del siglo xx, y de manera especial en Castilla y León. Es inevitable citar a Miguel Delibes al hablar del espacio en la literatura de esta comunidad, y buena parte de su obra trata de un modo u otro el éxodo rural y sus consecuencias: *Viejas historias de Castilla la Vieja*, *Diario de un cazador*, *La hoja roja*...

Pues bien, estos dos temas literarios nos asaltan en cada intermedio de nuestra serie favorita, del concurso de turno, o de un informativo (esos programas de variedades en los que la noticia es que llueve en Galicia y hace sol en Benidorm, o algún suceso pintoresco captado por la cámara de un videoaficionado en algún lugar cinematográfico e irreal, como Oklahoma o Nebraska). ¿Banalización? Sí, pero no solo. Estos dos anuncios, y muchos otros mensajes —no solo promocionales— hacen un uso metafórico del espacio en el que el sentido figurado se impone sobre el sentido recto, el holograma sobre lo real (Baudrillard). El lugar se convierte en signo de otra cosa, y este proceso altera su entidad como lugar físico. El mundo entero ha sido no solo descubierto y cartografiado —lejos ya, en las brumas de lo remoto, el tiempo de los descubrimientos— sino fotografiado, visitado y contado: «Las ciudades y los paisajes son, al fin, textos y no espacios físicos» (de Diego 19). Contamos con imágenes previas de casi todos los lugares, con relatos de casi todos los destinos, y los desplazamientos son asequibles como nunca lo fueron en otras épocas. El mundo está lleno de españoles por el mundo (y de castellanos y leoneses por el mundo, de andaluces por el mundo, catalanes por el mundo, misioneros por el mundo, y todo cuanto demande la parrilla televisiva). El recorrido del viejo Grand Tour está al alcance de cualquiera, aunque, a la vez, no lo está en absoluto, perdida definitivamente la mística de los destinos y de los viajes. «Hay tantos mundos como miradas sobre el mundo», recuerda Estrella de Diego (242), pero las miradas corren el riesgo de repetirse hasta la náusea cuando todo el mundo se ha fotografiado ya en la torre Eiffel o en el Puente de los Suspiros (que, por cierto, está en obras y cubierto por un anuncio de la marca que financia la restauración: y no es que el cartel tape el monumento, es que la vieja construcción de la vieja cultura *es*, hoy, un anuncio en sí misma, un signo al servicio del consumo). Actualmente, el desafío, el *no va más* que mañana se imitará, podría ser un recorrido que excluyese todos los lugares consagrados por el turismo y el viajero (porque uno siempre se considera *viajero*: turistas son los otros), que

dejase fuera lo *typical*, los «lugares de interés» o los «lugares con encanto» de las guías al uso. Un Grand Tour de la dorada medianía: en España, visitar Mieres, Tomelloso, Miranda de Ebro, Parets del Vallès. O todo lo contrario: ir a cada uno de los santos lugares de la manía viajera, pero evitando cuidadosamente, eso sí, sus enclaves destacados, sin fotografiarse en los rincones emblemáticos. Ir a París y no pisar la Torre Eiffel, ni el Louvre, ni Montmartre; ir a China y no ver la Gran Muralla. Saltar de los aeropuertos a las estaciones de metro periféricas, poner de fondo de pantalla en el ordenador de la oficina una foto en Florencia, sí: pero en uno de sus polígonos industriales.

Hay, ciertamente, tantos mundos como miradas sobre el mundo —pero también los decora Ikea. Se viaja a México, a Malasia o a España, pero el destino es el *resort*, un entorno artificioso donde la tópica del país está debidamente sintetizada y depurada de incomodidades (hasta en pleno Levante puede salir un domingo de lluvia en agosto, pero eso no es problema en el *resort*). *Even better than the real thing...* Hemos creado paraísos que corrigen y mejoran el original; el Edén hoy no pasaría de ser una urbanización pintona, un poco cutre, de los años setenta. Y para el que prefiera visitar el Infierno, están los viajes de aventura (que se contratan con billete de vuelta, por supuesto).

Visitarlo todo, fotografiarse y colgarlo en Facebook: «Yo estuve allí». Surge una utilidad llamada «Trip Advisor» y hay que actualizarla cuanto antes, acumular febrilmente puntos sobre el mapa para epatar a los amigos. No deja de ser curioso que, a la par, surja el interés por los lugares abandonados (otro turismo, al fin y al cabo, pero por el momento menos extendido, más exclusivo, solo para iniciados). Una muestra puede verse en <http://www.lugares-abandonados.com>. Tiene un «Índice de experiencias en lugares abandonados» (Hoteles, Hospitales, Centros de Ocio y diversión, fábricas...). Y normas encaminadas a no dejar ni la más mínima huella de la visita: frente al «Yo estuve aquí», en este caso la meta es no-estar; estar donde nadie está, ni siquiera uno mismo. Muchos otros sitios web se dedican a esta última vuelta de tuerca sobre el tornillo perdido de los viajes posmodernos (como [www.abandonalia.blogspot.com](http://www.abandonalia.blogspot.com), que aparece como un enlace roto: muy coherentemente, un *sitio abandonado*). En la misma dirección apunta la proliferación de documentales en los que se fantasea acerca de la evolución del mundo tras la extinción del hombre.

En un ensayo titulado «Estética y nihilismo. Sobre la falta de lugares», José Luis Pardo advierte cómo los lugares están desapareciendo a marchas

forzadas, desplazados (es curioso emplear precisamente este verbo) por los espacios. La diferencia entre los primeros y los segundos la cifra Pardo en la habitabilidad, la capacidad de suscitar el establecimiento de unos vínculos naturales y emocionales, la humanidad, en definitiva: los lugares son «extensiones habitables, definidas y delimitadas, únicas en las que los hombres pueden nacer, vivir y morir como hombres» (19); los espacios (aproximadamente equivalentes a los no-lugares de Marc Augé) carecen de ese componente de humanidad, se definen por su entidad física y esta les basta para existir como tales (no necesitan al hombre, no están marcados por su presencia ni su apariencia trasluce los lazos culturales y emocionales de una comunidad humana). Sin embargo, contra lo que quizá podríamos esperar, Pardo no entona el treno por una Arcadia local idealizada, que quizá nunca fue tan hermosa como en nuestras nostálgicas fantasías. En aquel pueblito (y quienes no tengan, que no desesperen: hay un refresco que les puede proporcionar uno) no se comía, en realidad, tan bien como creemos recordar. La oposición entre lugares (auténticos, naturales) y espacios (construidos, artificiales) es maniquea, habida cuenta del «carácter artificial, construido y convencional de todo lugar cultural, histórico y geográfico» (27). No solo los espacios —aeropuertos, centros comerciales, parques temáticos— son construcciones, también los lugares lo son —el pueblito de adobe, la plaza de nuestra infancia donde los colores parecían más vívidos:

La formación de lugares —históricos, geográficos, culturales— es siempre algo derivado y no originario, el resultado de una negociación, de un acuerdo, de una relación de fuerzas o de un enfrentamiento violento, nunca un producto espontáneo de la naturaleza o del espíritu (salvo en la medida en que lo sean todas estas cosas mencionadas). [...] O sea, que en cierto modo [los lugares] son ficciones, pero ficciones consolidadas por la convención y el sometimiento voluntario. (Pardo 28).

La cuestión, para nosotros, es qué ficciones consolidan hoy los escritores con sus obras: ¿recrean la historia y emociones de lugares que no han podido conocer salvo a través de otros relatos? ¿humanizan, dignificándolos literariamente, los nuevos espacios que tan asépticos y despojados de historia y emociones nos parecen? Podemos pensar que con los lugares se hace buena literatura (con muchos *pegujales*, *sotos*, *cambrones*, *parameras*... el paisaje y el léxico que el 98 consagró), y que, por el contrario, la escritura en torno a los espacios es necesariamente mala. Pero, evidentemente, el talento no está en los temas, sino en la mente creadora que acierta a insuflarles vida literaria.

Tampoco una literatura que observe los nuevos mapas de nuestro caminar diario será por fuerza superior a la que trabaje con parajes ya consagrados por la literatura. La diferencia estriba en que los viejos lugares ya han sido elaborados como ficciones por una larga tradición de relatos, y en los nuevos espacios ese proceso se está produciendo ahora.

Lugares, espacios, ficciones, signos... Implícitamente, estas vagas impresiones se encuentran en el corpus de escritores y obras que se estudian en las páginas siguientes. Un lugar —una ciudad, por ejemplo— puede funcionar como santuario y signo de la cultura, incluso aunque la realidad cotidiana de la ciudad no esté a la altura de su aureola cultural: así el Leipzig de José Manuel de la Huerca, en el que las sombras de Bach y Kafka deambulan por las desoladas calles del otro lado del telón de acero; así también el Madrid de Juan Manuel de Prada, donde las ideas brillantes y las vidas con anhelos artísticos exacerbados pueden venir a estrellarse —vuelo regenerador— Viaducto abajo, sin pena ni, lo que es mucho peor, gloria. También Mar Sancho —cuya biografía incluye varios países americanos donde la escritora ha vivido largas temporadas— emplea las localizaciones de sus obras como algo más que una serie de topónimos reales, naturales: forman una constelación de connotaciones culturales imprecisas, pero sugerentes. En el caso de la trilogía de Óscar Esquivias el referente literario es explícito: la *Divina Comedia* de Dante, llevada al Burgos de la posguerra, desde donde varios personajes planean emprender una visita al Purgatorio. Espacio real, espacio simbólico y espacio imaginario se fusionan en la percepción de los protagonistas, cuyas miradas y voces sigue el lector en este atípico viaje al Más Allá. Las descripciones realistas de la novela tradicional ven su fiabilidad puesta en solfa en *La ciudad del Gran Rey*, ya que a pesar de la engañosa semejanza de calles y monumentos, Burgos no es Burgos, sino el Purgatorio. Algo similar sucede con la Salamanca recreada por Luis García Jambrina en *El manuscrito de piedra*: la documentación histórica de la novela no persigue tanto elaborar un telón de fondo de fidelidad documental a la realidad histórica, si es que existe algo así, sino crear con verosimilitud (cualidad de la ficción, no lo olvidemos) una ciudad literaria. Y Salamanca había sido elevada a esta categoría al menos desde los tiempos de *La Celestina*, cuyo misterioso autor es elegido por García Jambrina como investigador de su novela, en la que rinde homenaje a modelos ya clásicos de la ficción histórica y policial.

Leipzig, Madrid, Burgos, Salamanca... ciudades, sí, pero ante todo, textos, textos que reproducen otros textos, que a su vez... Al fondo de esta *mise en abyme* se divisa, entre una bruma de palabras, una ciudad real que es, paradójicamente, inalcanzable, pues hasta la ciudad que vivimos a diario nos llega envuelta en velos literarios. Ni siquiera escapa a la ficción esa única patria del hombre que Rilke reconocía, la infancia: Rubén Abella juega con los rincones vallisoletanos de su niñez, pero los cambia de lugar, o los mezcla con otros entresacados de libros, inventados... Lo mismo sucede con Bilbao y Ámsterdam en las páginas de Vicente Álvarez: ambas ciudades quedan intencionadamente reducidas a escenarios de cartón, piedra y tópico turista, como si la posibilidad de ofrecer una mirada fresca sobre el mundo se hubiese esfumado un par de siglos atrás (justo a la vez que la posibilidad de crear héroes de una pieza y novelas policíacas donde todo encajase fácilmente).

Y entre los textos que conforman la geografía literaria de los escritores actuales, encontramos el paisaje inventado por los noventayochistas —repertorio de *lugares*, diría Pardo, pues a la formulación ideada por los del 98 debemos la carga emocional y mítica (ficcional, al cabo) de sintagmas como «campo castellano». La trayectoria de Ángel Vallecillo ilustra el aprendizaje de ese modelo y su posterior abandono en favor de los espacios de la posmodernidad. E ilustra, también, la conciencia de que no es más auténtico el primero (el *lugar* rural, de resonancia delibesiana) que los segundos (los *no-lugares*, o los espacios deshumanizados de su obra posterior). La principal diferencia es que estos últimos carecen de una tradición literaria previa tan densa como los *lugares* de la tribu. Todavía. Precisamente autores como Ángel Vallecillo, Alberto Olmos o Alejandro Cuevas incorporan a sus obras no solo el elenco de los nuevos espacios, sino también el cambio en nuestra percepción del entorno y de las relaciones con los demás que lleva aparejado. En *Trenes hacia Tokio*, el lejano oriente de tradiciones milenarias y refinada espiritualidad recreado por el imaginario occidental durante siglos resulta ser una megalópolis global con comercios idénticos a los de otras capitales y trenes interurbanos abarrotados en los que trabajadores y estudiantes pasan una buena parte de sus vidas, solos en medio de la multitud. El género literario de la utopía, fruto cultivado con mimo por el pensamiento occidental, colonalista y cartesiano, queda satirizado en *La peste bucólica* de Alejandro Cuevas, que se desarrolla en una Ciudad Gómez habitada por enfermos de literatura

y cuyo trazado antropomórfico parodia la ciudad a la medida del hombre que forjaron los ensueños utópicos de las luces europeas.

Vivimos en un mundo en que el consumo y su profeta, la publicidad, marcan dónde está el sur y quién tiene pueblo. Pero lamentarse añorando un paraíso perdido en el que la relación con la tierra era más natural es ingenuo y probablemente está condenado al fracaso, no solo en la vida, sino también en la literatura. Es posible que nuestra relación con el espacio (y con el tiempo, dicho sea de paso) sea hoy más banal que ayer, pero no es más falsa. La curva de ballesta, la académica palanca, los valles mágicos de los filandones, pueden tener mayor altura estética que los anuncios mencionados, e incluso pueden haber sido creados con unos fines morales que a muchos parecerán mejores. Serán, por tanto, más bellos y más buenos, no más verdaderos. Percibimos el mundo, sus lugares y sus espacios, a través de textos, sean estos literarios, cinematográficos o cibernéticos; su única dimensión es, pues, discursiva — y en el caso de la literatura, verbal. Los viejos páramos y montes, las antiguas ciudades, son textos; las novedosas autopistas de la comunicación comienzan a serlo también. Los relatos que han configurado nuestra idea del mundo fueron compuestos por fabuladores que, en el mejor de los casos, creían contar con fidelidad lo que sus propios ojos habían visto, sin comprender quizá que sus ojos, como los de Colón al pisar por vez primera América, no veían sino lo que previamente habían leído. Los nuevos mapas, como los antiguos — no puede ser de otra manera — son mapas inventados.

#### OBRAS CITADAS

- AUGÉ, Marc. Los «no lugares», espacios del anonimato. *Una antropología de la sobremodernidad*. Trad. Margarita N. Mizraji. Barcelona: Gedisa, 1993.
- DIEGO, Estrella de. *Travesías por la incertidumbre*. Barcelona: Seix Barral, 2005.
- PARDO, José Luis. «Estética y nihilismo. Ensayo sobre la falta de lugares». En *Nunca fue tan hermosa la basura. Artículos y ensayos*. Barcelona: Galaxia Gutenberg - Círculo de Lectores, 2010. 19-40.